

Aparte su belleza, «Vals» es un excelente estudio de ambiente juvenil y del misterio de la adolescencia en combustión, con sus debilidades, torpezas, peligros e infinitos cambiantes, en un mundo donde el amor anima todos los pensamientos. Trabal ha hecho del amor sexual el primer personaje de sus libros y los demás elementos aparecen en estratos profundos subordinados al demonio del erotismo esencial que deja su aliento aun en los más débiles o lejanos accesorios del libro.

Los episodios caminan con agilidad, surgidos de un mundo añebrado, con interpolaciones, vacíos, apariciones sorprendidas, henchidos de ansias, de dolor, de ardiente inquietud. El estilo es asimismo ágil, sugerente, sumario por momentos, evitando la forma explicativa vulgar, el lento período. Las páginas dejan mucho a la agilidad mental del lector y la escena cambia tanto a veces, así como los tipos que al comienzo del libro se siente impresión de mareo de escaldante oscuridad. Quién sabe si en las primeras cincuenta páginas el autor abusó de este tipo de exposición. Más adelante, la novela nos entrega esa claridad que anhelábamos.

¿Que Trabal recuerda, según algunos comentadores, a los modernos novelistas ingleses o americanos? ¿Por qué no pensar, también, en el pintor Djanéyev de Arzibachef, o en algunos inquietantes personajes de Boris Pilniak?

Trabal ha logrado volcar en sus libros un temperamento sin blanduras y sus prosa tiene un acento personal que no se debilita aun en los matices de tercer plano.

Para cerrar este esbozo diremos que Trabal nació en Sabadell, suburbio de Barcelona, el año 1899.—LAUTARO YANKAS.



<https://doi.org/10.29393/At244-158OILY10158>

«ORO DEL INCA», de Luis Toro Ramallo. (Editorial Orbe)

«En una quiebra andina, entre peñascos, se agazapa Quila-Quila, pequeña aldea extraviada en el gigantesco laberinto de

las cordilleras bolivianas». En este pobre caserío vive Condori, un meztizo que sufre, goza y muere en las páginas de esta novela, cuyo fondo es carne viva donde se apretuja el drama del pueblo boliviano.

Es evidente en la novela el propósito de ofrecer a los públicos del Continente la realidad de una nación que forcejea sin éxito por darse una organización saludable. La masa indígena pesa demasiado en la mentalidad de los políticos y de los administradores de la «hacienda boliviana, para que puedan surgir formas liberadoras que siquiera iluminen la tenebrosa noche del indio, convertido, hoy como ayer, en vil anacona. El meztizo, en quienes algunos confían para un vuelco en la estructura administrativa del país amigo, es para el novelista un ejemplar inferior al indio, porque ha heredado de éste el quietismo y la vencida voluntad, y la brutalidad y los bajos apetitos del conquistador ibérico. «El meztizo es congénitamente cobarde, simulador y falso. El indio puro o el blanco sin mezcla ya habrían colocado a estas naciones en un nivel que ahora es sólo una esperanza». Naturalmente esta es una afirmación peligrosa en un momento como el presente, en que la América desea, más que antes, construir su propio porvenir. ¿Qué factores han influido en la decadencia—manifestada en el desorden, la incuria, la ausencia de visión y el desborde de las torpes ambiciones—de la nación boliviana? El caudillaje, que se manifestó en los albores de la República, acaso fué necesario frente a la densa población indígena y a la topografía del país. ¿Influyó la naturaleza misma de la población indígena en la formación de un tipo criollo de condiciones deficientes para resolver dignamente el destino de un pueblo? La falta de una inmigración calificada pesó, quizás, en este resultado?

Alcides Arguedas nos ha dado un documento significativo en su notable «Raza de Bronce», terrible visión de la realidad boliviana y explicación viviente del interrogante que surge a menudo frente al volcanismo político del país del altiplano.

Masas indígenas sobrecogidas por el terror del infierno que el «tata» cura les infunde con sus prédicas interesadas, por el látigo del blanco o del mestizo al servicio del poderoso, por la sangrienta represión de la soldadesca «pacificadora», privadas de las luces de una elemental instrucción que muestre a sus almas un mundo alcanzable para todos los hombres. Esto mismo se vió en Chile hasta la primera década del presente siglo, cuando las masas indígenas de la Frontera, perseguidas y alcoholizadas, se desquitaban en aquellos terribles «malones que arrasaban pueblos y haciendas, lo que traía las «represiones ejemplares», que avergüenzan nuestra viril historia.

Toro Ramallo nos entrega algunos tipos humanos en sus dimensiones exactas, sin penumbras, abiertos en vivo, con su cerebro de ídolos, o atormentados por la sorpresa y el deslumbramiento de un mundo distante o próximo, los apetitos escondidos y prestos, el instinto dominando su existencia y la de los suyos.

Hay en el novelista tendencia descriptiva, y ésta deriva hacia lo panorámico. El argumento se desenvuelve con grandes paradas, donde la prosa arrellana en la evocación del escenario cuyo horizonte se yergue erizado de picachos nevados, grandioso, temible, acusador. Los Andes asoman por los ventanales del alma y empequeñecen la historia humana, siempre mísera y vulgar, que late en los ranchos de la serranía boliviana. A través de la historia del mestizo Condori y su vagabundaje ambicioso y rastacueril, el autor crea remansos de legendaria evocación, y las imágenes de algunos incas soberbios recaman el lento caudal de la novela

Esta misma tendencia hacia lo objetivo, hacia el escenario, la encontramos en Arguedas: Quién sabe si la razón de ello esté en el hieratismo de la raza, en ese envaramiento de las almas que obliga al escritor a rodearlas con los esplendores de la tierra y sus ciclópeos horizontes: nevados picachos, volcanes amenazantes, desfiladeros, abismos.

«Oro del Inca» es un vigoroso libro, escrito en una prosa severa, directa, sin debilidades, con grandes toques de contraste que permiten destacar, sin lirismos, paisajes y almas.—LAUTARO YANKAS



«EL VIAJE LITERARIO» de *Domingo Melfi*. Editorial Nascimento (1945)

A lo largo y lo ancho de once libros y algunos centenares de notas críticas publicadas en revistas y diarios de la capital y de provincias, la labor literaria de Domingo Melfi permite una somera definición de su actitud primera, de su filosofía ante las manifestaciones de nuestra incipiente cultura.

Hay críticos exhaustivos que se acercan de una vez y para siempre a determinado autor y lo revientan para ellos y los demás en 500 o más páginas. Cumplen su papel, y desde luego, son indispensables. Esta especie de críticos resulta, eso sí, más ambiciosa que el creador quien siempre abriga la esperanza de transmitir un secreto a las generaciones venideras y de gozar de interpretaciones divergentes en el futuro. Melfi, que en el fondo es un relativista, se aproxima a sus autores favoritos cada cierto tiempo, y ante una nueva encrucijada personal, o de la época en que exige una revisión de ciertos valores literarios o políticos, acomoda su visión crítica para dar una nueva luz sobre lo ya tratado. Melfi toma la literatura ya escrita como cosa viva, como algo que «es» y que al mismo tiempo viaja o cambia a través del tiempo. Existió un Lope 1700, existe un Lope 1945, existirá un Lope 2200. ¿Puede alguno suponer lo que serán nuestros criollistas actuales para los chilenos o americanos dentro de un siglo? Melfi conoce la literatura ibero-americana y su «Panorama de las Literaturas Argentina y Uruguayas» (1937) nos hizo conocer a escritores de la talla de un Acevedo Díaz o Zavala Muñiz.